

PRECIO: 5 Centavos

# LA PROTESTA

PORTE PACO

Valores y giros a M. Torrente

Redac. y Administración: Perú 1537

U. Telefónica, 0478 B. Orden

## Hombres de la hora

### EBERT Y LA SOCIAL-DEMOCRACIA ALEMANA

Acaba de morir en Berlín el presidente de la república alemana, Federico Ebert, uno de los principales jefes del partido social-demócrata. Su muerte fué vulgar. ¿Lo fué menos su vida? La prensa burguesa llenó columnas enteras para destacar esa figura cuadrada de la política europea. Y sólo consiguió darnos la impresión de la pobreza mental de ese hombre a quien los acontecimientos elevaron a la más alta dignidad del ex imperio prusiano.

El sucesor de Guillermo de Hohenzollern no fué nunca un doctrinario a lo Kausky ni un militante a lo Liebknecht. No poseía tampoco el prestigio de Bebel, el jefe espiritual de la social-democracia alemana durante muchos años. Era un jefe del montón, un caudillo de comité, un organizador de elecciones y de mítines populacheros. Y porque era una mediana y poseía suficiente flexibilidad para adaptarse a las circunstancias — porque representaba al sentido común de Sauehó en un momento propicio a las quijotescas exaltaciones revolucionarias — la burguesía alemana descubrió en Ebert a su hombre.

Si en las filas del partido Ebert no dejó nunca de ser una mediana, como presidente de la república alemana no logró tampoco destacarse. Fué, más que nada, el dócil instrumento de los capitalistas, el paragonado puesto entre la revolución y la contrarrevolución, el hombre sin personalidad que a nadie agrada y a todos deja medianamente conformes. Queréis conocer la labor de ese gobernante salido de las filas socialistas? Para ello hay que estudiar otra personalidad más recia: al masacrador Noske, el ex ministro de la Defensa que tuvo a su cargo la ingrata tarea de aplastar el movimiento espartaquista. Noske es el verdadero representante de la contrarrevolución social-demócrata, de la que Ebert fué la figura representativa aunque irresponsable.

La muerte de Ebert, dicen los corresponsales de la prensa rica, significa una enorme pérdida para la república alemana. Puede que ese hombre, por su humildad, representara mucho para el capitalismo y para la reacción. Pero ¿qué pierde el proletariado con la desaparición de la escena política del que fué un instrumento pasivo de las viejas castas salvadas del naufragio por los creadores de la Constitución de Weimar? Absolutamente nada.

Se pretende relacionar la muerte de Ebert, víctima de una peritonitis, con la tragedia social de Alemania. Hay quienes busca motivos espirituales y sentimentales en esa prematura desaparición del presidente de la república alemana. Se dice que las censuras de los políticos, que culminaron en el juicio de Magdeburgo, y los esfuerzos hechos para envolverlo en los escándalos relacionados con la firma Barmat Hermanos, contribuyeron en gran parte a minar su salud. Y se agrega que los monárquicos intransigentes, que no podían hacerse a la idea de que el ex tatarbarto fuera el llamado a sucederle en el poder a la familia de Hohenzollern, fueron indirectamente responsables de la enfermedad de Ebert. Pero se dice también que la firmeza con que evitó la crisis política, provocada por un complicado sistema de partidos, y la dignidad y sencillez con que se condujo siempre la señora Ebert, contribuyeron no poco para desarmar a sus censores más encarnizados. Muchos de los enemigos más decididos del presidente confesaron muchas veces, que no hubiera sido posible que otro jefe pudiera dirigir con tanto acierto como él los asuntos del Estado, durante largos años de grandes dificultades.

Ha ahí el resumen de todas las virtudes del socialista presidente de la república imperial alemana. Fué el hombre de la hora: el presidente que necesitaba Alemania en el difícil período de la post-guerra. Si Ebert poseyera personalidad, si desde el gobierno hubiera intentado ajustar su conducta a las ideas socialistas, no sería la burguesía la que entonara el panegírico de su labor de gobernante. Pero la misma social-democracia se vió obligada a depositar la pesada herencia de los Hohenzollern en manos del menos idealista de sus hombres, ya que — temiendo verse arrastrada por los acontecimientos — acciones decisivas que se esforzó en eludir desde el mismo momento en que la revolución dejó entrever su amenaza al capitalismo alemán.

Con la muerte de Ebert se plantea un serio problema político en Alemania. Los partidos reaccionarios pudieron maniobrar gracias a la política tibia e impersonal del presidente de la república y al oportunismo del partido social-demócrata. La reacción levanta hoy la cabeza y amenaza al régimen republicano con un golpe de fuerza que impondrá la vuelta de los Hohenzollern. De esa situación difícil para el proletariado alemán, da cuenta el siguiente telegrama de Berlín:

“Con el fallecimiento de Federico Ebert, Alemania se halla frente a una situación política muy delicada, en medio de la asechanza de los nacionalistas y de la campaña subversiva de los comunistas. Puede decirse que Alemania se encuentra en una situación tal que de no intervenir enérgicamente los republicanos, se está a un paso de la implantación de la monarquía o del soviét. Unos y otros intentan aprovechar la confusión reinante y la desorganización política para precipitar al país en un caos.

“¿Lo lograrán? En los círculos políticos, si bien no se temen adventivos de esa naturaleza, no se deja de reconocer que es urgente que se unan las fuerzas republicanas para contrarrestar esos peligros. Y se entiende también que frente a las amenazas hoy que se hacen a un lado las ideologías políticas y obrar en consecuencia. De ahí que los partidos que siempre han manifestado su repudio a la monarquía y al comunismo, estén actualmente tratando de aunar opiniones y constituir el bloque de las izquierdas políticas, con el preconcibido propósito de oponer valles al avance, si bien ficticio, de los nacionalistas y comunistas.

“El bloque de las izquierdas tendrá que fin imponer un candidato a la presidencia de la república que no sólo se haya declarado abiertamente partidario de la constitución de Weimar, sino que también renuncie las condiciones de garantías necesarias para el pueblo. Y el bloque ya ha pensado en los posibles candidatos. El que tiene mayores probabilidades es el ex canciller Marx, por ser el hombre que con más energía sostuvo las exigencias de los nacionalistas cuando trató de reorganizar el ministerio. Marx podría reunir los votos de los socialistas, demócratas y centrocatólico, que en total suman 232 sufragios. A Marx le disputa la presidencia el actual canceller, Luther, reaccionario, partidario encubierto de la monarquía. Luther cuenta con los votos de los nacionalistas, populares bávaros y raicistas (del general Ludendorff), reuniendo 136 sufragios. Otro de los candidatos es Cuno, ex canceller también, y que tuvo buena actuación en el gobierno. Cuno es el candidato de los populares, con 51 votos. Y, por último, los socialistas parecen dispuestos a presentar como candidato al presidente del Reichstag, Loebe, destacado militante socialista y que cuenta con muchas simpatías en los partidos de tendencias republicanas. Loebe, además de los 131 votos de su partido, puede contar, ante el peligro precitado, con los votos de los demócratas, centrocatólico y parte de los populares, reuniendo así más de 260 sufragios.

“Todo depende de cómo se presenten las cosas. Por último, el candidato de transacción sería Firth, ex canceller. Esto hace creer que los partidos republicanos lograrán unirse”.

Los cálculos de los republicanos pueden fallar en su base. El reaccionario Luther logró formar gabinete a pesar de la oposición de socialistas, demócratas y católicos imponiendo a la democracia alemana la dictadura efectiva de los grandes industriales del Ruhr. Si así lo resuelve el capitalismo, al que está supeditada la política alemana, ¿no

## UN INFORME DE ENCARGO

Moscú sabe organizar sus oficinas de propaganda en el exterior y atraerse a elementos que gozan de algún prestigio o influencia entre los trabajadores. Gracias a ese sistema de atracción lograron los comunistas rusos introducirse en el movimiento obrero, esculdir los partidos socialistas y llevar a la ciudad y la confusión a los obreros en el período revolucionario que siguió a la guerra europea.

Hasta hace poco, los viajeros que regresaban de Moscú recibían el encargo de hacer el elogio de los métodos revolucionarios del bolchevismo. Ex anarquistas y ex social-demócratas, después de una breve estadía en el país de los soviets, regresaban a sus países convencidos de las bellezas comunistas, y convertidos en agentes de la Tercera Internacional.

Pero ahora Moscú sólo tiene interés en piopagar en el exterior la efeclesia de su gobierno y de su dictadura. De ahí que sean políticos burgueses o socialistas, periodistas y hombres de negocios, los encargados de convencer al capitalismo europeo y porte americano de la necesidad de intervenir en la reconstrucción capitalista de Rusia.

Informa un telegrama de Londres que la delegación británica de las Trade Unions que recientemente visitó a Rusia, dió a la publicidad un volumen de 250 páginas, con ilustraciones, en el que se habla acerca de todos los aspectos de las condiciones del trabajo en general en el territorio de los Soviets. Los delegados británicos empiezan por hacer notar en su informe que no tienen el menor deseo de ser considerados como apologetas de los principios y de los procedimientos del comunismo ruso, y mucho menos como partidarios de su adopción en Gran Bretaña, pero que se inclinan a creer, sin embargo, que en lo referente a la salud pública, al problema de la vivienda y al sistema de pistiones, el gobierno del Soviet ha obtenido resultados notables.

Los delegados han llegado a la conclusión de que el Soviet federal constituye un gobierno fuerte y estable, que cuenta con el apoyo eficaz de la mayoría de los obreros, y es aceptado igualmente por gran parte de los campesinos. El funcionamiento del gobierno del soviét, aunque es muy diferente del de los demás Estados, parece ser muy satisfactorio.

Se añade en el informe que el gobierno del Soviet ha tenido éxito en asuntos en que otros Estados han fracasado, y que éstos resultados han convencido a todos, menos a una pequeña minoría, de que deben renunciar al derecho de la oposición, derecho que es esencial para la libertad en todo el resto del mundo. Sin embargo, no se nota ninguna resistencia, en parte porque este derecho ha sido reemplazado por otros, y en parte porque todas las energías se han dedicado últimamente a la reconstrucción.

El informe de la comisión laborista inglesa que visitó a Rusia, tiende a facilitar a Moscú un argumento burgués para alternar con la burguesía mundial. Los nuevos agentes del gobierno bolchevique declaran que no quieren hacer la apología del comunismo. En eso tienen razón. ¿Acaso ellos encontraron esa cosa en el país de los Soviets?

Los defensores del régimen dictatorial impuesto en Rusia por una minoría política, no tienen para nada en cuenta la opinión del proletariado, sus odias protestas y su evidente descontento. Quizás ni se haya dado cuenta de ello, porque el terror rojo y las persecuciones de la “cheche” impiden la libre manifestación de opiniones contrarias a la feroz dictadura de la comisaría bolchevique.

## PREPARANDO LA MASACRE DE INDIOS

Parce que la rebelión de los indios de San Blas (Panamá) no pasa de ser un pretexto represivo del gobierno de aquel protectorado de Yanquilandia. Los indígenas no cometen ninguna de las fechorías que les atribuyen sus enemigos los blancos, pues sólo se limitaron hasta hoy a exigir la destitución del gobernador impuesto por las autoridades panameñas, cuya política constituye un ataque directo a la raza autóctona acorralada en las selvas vírgenes que hasta ahora se libraron a la voracidad del capitalismo.

De Nueva York informa el correspondiente de United Press, que un radiograma recibido de San Blas dice que los indios de esa costa dirigieron un mensaje al gobierno declarando que si el gobernador y el personal del actual gobierno no presentan en dimisión, ellos no aceptarán ofrecimiento alguno de paz. Los indios se han concentrado en una media docena de las islas y las tropas del gobierno se encuentran también en una isla, pero a diez millas de distancia. Los indios están bien armados y su número alcanza a dos mil.

El gobierno panameño no ha contestado el mensaje de los indios, pero está dispuesto a resolver el conflicto pacíficamente (?), sosteniendo que los indios fueron engañados e incitados por el explorador norteamericano Marsh.

El ministro de los Estados Unidos, Mr. South, está tratando de persuadir al gobierno de Panamá de que abandone la idea de acusar a Marsh, pero los funcionarios panameños se oponen categóricamente a ello, diciendo que es indispensable que se investigue la responsabilidad en el asunto, y si en realidad Marsh es culpable, deberá ser castigado.

Entretanto, Marsh se encuentra con los indios en una pequeña isla y se prepara para repeler el ataque de las fuerzas panameñas.

Puede que el yanqui Marsh sea un aventurero en busca de fortuna en las selvas de San Blas y que incite a los indios a la rebelión para facilitar a Estados Unidos un pretexto intervencionista. Pero la burguesía panameña no puede erigirse en defensora de los indígenas, que maltrata y aniquila para cartizarse en felices explotaciones y en inícuos latrocinios.

El episodio de San Blas es típico en la acción civilizadora de los blancos en América. La conquista se hizo y se hace aun hoy destruyendo a las razas primitivas, acorralando a los vencidos en las reducciones selváticas, impidiendo a los vencidos el yugo del trabajo y establecido cotos cerrados en las tierras de las comunidades indígenas.

Panamá es, un feudo de Yanquilandia. ¿Qué papel representa la burguesía panameña en esa feroz exterminación de las poblaciones autóctonas? El papel de gendarme, de verdugo y de inquisidor. Los indios de San Blas serán tratados pacíficamente... a bayonetas y a metrallazos. Así les entra a la civilización a los que se niegan a incorporarse a la lobería blanca.

Los políticos cordobeses se hallan en lo más álgido de la campaña electoral que culminará en los comicios del próximo domingo. Cruzan la provincia en todas direcciones saludando a las mensajeras incultas, halagando

caracteres sociales, da preferencia a esos mismos hombres en los lugares de explotación, habiendo determinado su invasión en talleres y campos, una permanente odiosa dolorosa, a los trabajadores de otras nacionalidades, sin excluir al nativo, que son corrientes de chacaras, estancias, a las que se acercan en procura de trabajo.

Entre las largas colas de obreros que forman todas las mañanas frente a los portales de los establecimientos de esta capital, donde se solicita carne de esclavitud por medio de los diarios, son escrupulosamente elegidos los tipos rubicundos del norte de Europa, los cetrimos del meridiano o los páldos de oriente, todos masa inconsciente, subyugada por honda miseria, que no pone precio a su esfuerzo, entregándolo a discreción a quien desea explotarlo ilimitadamente.

Ha ahí un motivo de reflexión que no de bemos eludir. No ya la contradicción burguesa con sus postulados patrióticos, evidenciada en este hecho como en muchos otros, condenando a horrible miseria al trabajador nativo, por menos activo, menos sumiso y más caro, sino por lo que respecta a aspectos psicológicos de los pueblos. A aquellos panoramas, sobre los cuales fijamos nuestra vista insistentemente para obtener elementos de enseñanza destinados a facilitarlos el avance por los caminos de la soñada revolución, nos transmiten aquí mismo cuadros de tan infinita desolación como el que comentamos. La deducción no puede ser más elocuente. Los pueblos en decadencia están llamados a nutrir aun por mucho tiempo a los sistemas inveterados. Cada vez menos confianza inspiran las viejas civilizaciones al pensamiento revolucionario. No hay más que observar cómo las dictaduras arraigan en Europa, después de cerca de un siglo de ejercicio democrático y cuando la influencia socialista llega a su apogeo. Contemplad, en cambio, el primer ensayo lugoniano de América, la bufa dictadura chilena, puesta entre el ridículo, para extraer sabias consecuencias. Gozan de un caudal inagotable de energías estos países nuevos, muy promisoros para los destinos de la civilización que propulsamos.

Nótese ese hecho, al parecer insignificante. Estúdiédselo atentamente. ¿Por qué se selecciona el brazo productivo, eliminando al elemento experimentado, al granco tradicional del terruño, que conoce todos los secretos de la labor campesina, por el instituto, pues se gestó al lado del surco abierto, creció entre los implementos de labranza y aprendió a luchar contra las inclemencias tempo-

El ministro de los Estados Unidos, Mr. South, está tratando de persuadir al gobierno de Panamá de que abandone la idea de acusar a Marsh, pero los funcionarios panameños se oponen categóricamente a ello, diciendo que es indispensable que se investigue la responsabilidad en el asunto, y si en realidad Marsh es culpable, deberá ser castigado.

Entretanto, Marsh se encuentra con los indios en una pequeña isla y se prepara para repeler el ataque de las fuerzas panameñas.

Puede que el yanqui Marsh sea un aventurero en busca de fortuna en las selvas de San Blas y que incite a los indios a la rebelión para facilitar a Estados Unidos un pretexto intervencionista. Pero la burguesía panameña no puede erigirse en defensora de los indígenas, que maltrata y aniquila para cartizarse en felices explotaciones y en inícuos latrocinios.

El episodio de San Blas es típico en la acción civilizadora de los blancos en América. La conquista se hizo y se hace aun hoy destruyendo a las razas primitivas, acorralando a los vencidos en las reducciones selváticas, impidiendo a los vencidos el yugo del trabajo y establecido cotos cerrados en las tierras de las comunidades indígenas.

Panamá es, un feudo de Yanquilandia. ¿Qué papel representa la burguesía panameña en esa feroz exterminación de las poblaciones autóctonas? El papel de gendarme, de verdugo y de inquisidor. Los indios de San Blas serán tratados pacíficamente... a bayonetas y a metrallazos. Así les entra a la civilización a los que se niegan a incorporarse a la lobería blanca.

Los políticos cordobeses se hallan en lo más álgido de la campaña electoral que culminará en los comicios del próximo domingo. Cruzan la provincia en todas direcciones saludando a las mensajeras incultas, halagando

## VIENAS ELECTORALES

Los políticos cordobeses se hallan en lo más álgido de la campaña electoral que culminará en los comicios del próximo domingo. Cruzan la provincia en todas direcciones saludando a las mensajeras incultas, halagando

caracteres sociales, da preferencia a esos mismos hombres en los lugares de explotación, habiendo determinado su invasión en talleres y campos, una permanente odiosa dolorosa, a los trabajadores de otras nacionalidades, sin excluir al nativo, que son corrientes de chacaras, estancias, a las que se acercan en procura de trabajo.

Entre las largas colas de obreros que forman todas las mañanas frente a los portales de los establecimientos de esta capital, donde se solicita carne de esclavitud por medio de los diarios, son escrupulosamente elegidos los tipos rubicundos del norte de Europa, los cetrimos del meridiano o los páldos de oriente, todos masa inconsciente, subyugada por honda miseria, que no pone precio a su esfuerzo, entregándolo a discreción a quien desea explotarlo ilimitadamente.

Ha ahí un motivo de reflexión que no de bemos eludir. No ya la contradicción burguesa con sus postulados patrióticos, evidenciada en este hecho como en muchos otros, condenando a horrible miseria al trabajador nativo, por menos activo, menos sumiso y más caro, sino por lo que respecta a aspectos psicológicos de los pueblos. A aquellos panoramas, sobre los cuales fijamos nuestra vista insistentemente para obtener elementos de enseñanza destinados a facilitarlos el avance por los caminos de la soñada revolución, nos transmiten aquí mismo cuadros de tan infinita desolación como el que comentamos. La deducción no puede ser más elocuente. Los pueblos en decadencia están llamados a nutrir aun por mucho tiempo a los sistemas inveterados. Cada vez menos confianza inspiran las viejas civilizaciones al pensamiento revolucionario. No hay más que observar cómo las dictaduras arraigan en Europa, después de cerca de un siglo de ejercicio democrático y cuando la influencia socialista llega a su apogeo. Contemplad, en cambio, el primer ensayo lugoniano de América, la bufa dictadura chilena, puesta entre el ridículo, para extraer sabias consecuencias. Gozan de un caudal inagotable de energías estos países nuevos, muy promisoros para los destinos de la civilización que propulsamos.

Nótese ese hecho, al parecer insignificante. Estúdiédselo atentamente. ¿Por qué se selecciona el brazo productivo, eliminando al elemento experimentado, al granco tradicional del terruño, que conoce todos los secretos de la labor campesina, por el instituto, pues se gestó al lado del surco abierto, creció entre los implementos de labranza y aprendió a luchar contra las inclemencias tempo-

caracteres sociales, da preferencia a esos mismos hombres en los lugares de explotación, habiendo determinado su invasión en talleres y campos, una permanente odiosa dolorosa, a los trabajadores de otras nacionalidades, sin excluir al nativo, que son corrientes de chacaras, estancias, a las que se acercan en procura de trabajo.

Entre las largas colas de obreros que forman todas las mañanas frente a los portales de los establecimientos de esta capital, donde se solicita carne de esclavitud por medio de los diarios, son escrupulosamente elegidos los tipos rubicundos del norte de Europa, los cetrimos del meridiano o los páldos de oriente, todos masa inconsciente, subyugada por honda miseria, que no pone precio a su esfuerzo, entregándolo a discreción a quien desea explotarlo ilimitadamente.

Ha ahí un motivo de reflexión que no de bemos eludir. No ya la contradicción burguesa con sus postulados patrióticos, evidenciada en este hecho como en muchos otros, condenando a horrible miseria al trabajador nativo, por menos activo, menos sumiso y más caro, sino por lo que respecta a aspectos psicológicos de los pueblos. A aquellos panoramas, sobre los cuales fijamos nuestra vista insistentemente para obtener elementos de enseñanza destinados a facilitarlos el avance por los caminos de la soñada revolución, nos transmiten aquí mismo cuadros de tan infinita desolación como el que comentamos. La deducción no puede ser más elocuente. Los pueblos en decadencia están llamados a nutrir aun por mucho tiempo a los sistemas inveterados. Cada vez menos confianza inspiran las viejas civilizaciones al pensamiento revolucionario. No hay más que observar cómo las dictaduras arraigan en Europa, después de cerca de un siglo de ejercicio democrático y cuando la influencia socialista llega a su apogeo. Contemplad, en cambio, el primer ensayo lugoniano de América, la bufa dictadura chilena, puesta entre el ridículo, para extraer sabias consecuencias. Gozan de un caudal inagotable de energías estos países nuevos, muy promisoros para los destinos de la civilización que propulsamos.

Nótese ese hecho, al parecer insignificante. Estúdiédselo atentamente. ¿Por qué se selecciona el brazo productivo, eliminando al elemento experimentado, al granco tradicional del terruño, que conoce todos los secretos de la labor campesina, por el instituto, pues se gestó al lado del surco abierto, creció entre los implementos de labranza y aprendió a luchar contra las inclemencias tempo-

caracteres sociales, da preferencia a esos mismos hombres en los lugares de explotación, habiendo determinado su invasión en talleres y campos, una permanente odiosa dolorosa, a los trabajadores de otras nacionalidades, sin excluir al nativo, que son corrientes de chacaras, estancias, a las que se acercan en procura de trabajo.

Entre las largas colas de obreros que forman todas las mañanas frente a los portales de los establecimientos de esta capital, donde se solicita carne de esclavitud por medio de los diarios, son escrupulosamente elegidos los tipos rubicundos del norte de Europa, los cetrimos del meridiano o los páldos de oriente, todos masa inconsciente, subyugada por honda miseria, que no pone precio a su esfuerzo, entregándolo a discreción a quien desea explotarlo ilimitadamente.

Ha ahí un motivo de reflexión que no de bemos eludir. No ya la contradicción burguesa con sus postulados patrióticos, evidenciada en este hecho como en muchos otros, condenando a horrible miseria al trabajador nativo, por menos activo, menos sumiso y más caro, sino por lo que respecta a aspectos psicológicos de los pueblos. A aquellos panoramas, sobre los cuales fijamos nuestra vista insistentemente para obtener elementos de enseñanza destinados a facilitarlos el avance por los caminos de la soñada revolución, nos transmiten aquí mismo cuadros de tan infinita desolación como el que comentamos. La deducción no puede ser más elocuente. Los pueblos en decadencia están llamados a nutrir aun por mucho tiempo a los sistemas inveterados. Cada vez menos confianza inspiran las viejas civilizaciones al pensamiento revolucionario. No hay más que observar cómo las dictaduras arraigan en Europa, después de cerca de un siglo de ejercicio democrático y cuando la influencia socialista llega a su apogeo. Contemplad, en cambio, el primer ensayo lugoniano de América, la bufa dictadura chilena, puesta entre el ridículo, para extraer sabias consecuencias. Gozan de un caudal inagotable de energías estos países nuevos, muy promisoros para los destinos de la civilización que propulsamos.

Nótese ese hecho, al parecer insignificante. Estúdiédselo atentamente. ¿Por qué se selecciona el brazo productivo, eliminando al elemento experimentado, al granco tradicional del terruño, que conoce todos los secretos de la labor campesina, por el instituto, pues se gestó al lado del surco abierto, creció entre los implementos de labranza y aprendió a luchar contra las inclemencias tempo-

caracteres sociales, da preferencia a esos mismos hombres en los lugares de explotación, habiendo determinado su invasión en talleres y campos, una permanente odiosa dolorosa, a los trabajadores de otras nacionalidades, sin excluir al nativo, que son corrientes de chacaras, estancias, a las que se acercan en procura de trabajo.

Entre las largas colas de obreros que forman todas las mañanas frente a los portales de los establecimientos de esta capital, donde se solicita carne de esclavitud por medio de los diarios, son escrupulosamente elegidos los tipos rubicundos del norte de Europa, los cetrimos del meridiano o los páldos de oriente, todos masa inconsciente, subyugada por honda miseria, que no pone precio a su esfuerzo, entregándolo a discreción a quien desea explotarlo ilimitadamente.

Ha ahí un motivo de reflexión que no de bemos eludir. No ya la contradicción burguesa con sus postulados patrióticos, evidenciada en este hecho como en muchos otros, condenando a horrible miseria al trabajador nativo, por menos activo, menos sumiso y más caro, sino por lo que respecta a aspectos psicológicos de los pueblos. A aquellos panoramas, sobre los cuales fijamos nuestra vista insistentemente para obtener elementos de enseñanza destinados a facilitarlos el avance por los caminos de la soñada revolución, nos transmiten aquí mismo cuadros de tan infinita desolación como el que comentamos. La deducción no puede ser más elocuente. Los pueblos en decadencia están llamados a nutrir aun por mucho tiempo a los sistemas inveterados. Cada vez menos confianza inspiran las viejas civilizaciones al pensamiento revolucionario. No hay más que observar cómo las dictaduras arraigan en Europa, después de cerca de un siglo de ejercicio democrático y cuando la influencia socialista llega a su apogeo. Contemplad, en cambio, el primer ensayo lugoniano de América, la bufa dictadura chilena, puesta entre el ridículo, para extraer sabias consecuencias. Gozan de un caudal inagotable de energías estos países nuevos, muy promisoros para los destinos de la civilización que propulsamos.

Nótese ese hecho, al parecer insignificante. Estúdiédselo atentamente. ¿Por qué se selecciona el brazo productivo, eliminando al elemento experimentado, al granco tradicional del terruño, que conoce todos los secretos de la labor campesina, por el instituto, pues se gestó al lado del surco abierto, creció entre los implementos de labranza y aprendió a luchar contra las inclemencias tempo-

caracteres sociales, da preferencia a esos mismos hombres en los lugares de explotación, habiendo determinado su invasión en talleres y campos, una permanente odiosa dolorosa, a los trabajadores de otras nacionalidades, sin excluir al nativo, que son corrientes de chacaras, estancias, a las que se acercan en procura de trabajo.

Entre las largas colas de obreros que forman todas las mañanas frente a los portales de los establecimientos de esta capital, donde se solicita carne de esclavitud por medio de los diarios, son escrupulosamente elegidos los tipos rubicundos del norte de Europa, los cetrimos del meridiano o los páldos de oriente, todos masa inconsciente, subyugada por honda miseria, que no pone precio a su esfuerzo, entregándolo a discreción a quien desea explotarlo ilimitadamente.

Ha ahí un motivo de reflexión que no de bemos eludir. No ya la contradicción burguesa con sus postulados patrióticos, evidenciada en este hecho como en muchos otros, condenando a horrible miseria al trabajador nativo, por menos activo, menos sumiso y más caro, sino por lo que respecta a aspectos psicológicos de los pueblos. A aquellos panoramas, sobre los cuales fijamos nuestra vista insistentemente para obtener elementos de enseñanza destinados a facilitarlos el avance por los caminos de la soñada revolución, nos transmiten aquí mismo cuadros de tan infinita desolación como el que comentamos. La deducción no puede ser más elocuente. Los pueblos en decadencia están llamados a nutrir aun por mucho tiempo a los sistemas inveterados. Cada vez menos confianza inspiran las viejas civilizaciones al pensamiento revolucionario. No hay más que observar cómo las dictaduras arraigan en Europa, después de cerca de un siglo de ejercicio democrático y cuando la influencia socialista llega a su apogeo. Contemplad, en cambio, el primer ensayo lugoniano de América, la bufa dictadura chilena, puesta entre el ridículo, para extraer sabias consecuencias. Gozan de un caudal inagotable de energías estos países nuevos, muy promisoros para los destinos de la civilización que propulsamos.

Nótese ese hecho, al parecer insignificante. Estúdiédselo atentamente. ¿Por qué se selecciona el brazo productivo, eliminando al elemento experimentado, al granco tradicional del terruño, que conoce todos los secretos de la labor campesina, por el instituto, pues se gestó al lado del surco abierto, creció entre los implementos de labranza y aprendió a luchar contra las inclemencias tempo-

caracteres sociales, da preferencia a esos mismos hombres en los lugares de explotación, habiendo determinado su invasión en talleres y campos, una permanente odiosa dolorosa, a los trabajadores de otras nacionalidades, sin excluir al nativo, que son corrientes de chacaras, estancias, a las que se acercan en procura de trabajo.

Entre las largas colas de obreros que forman todas las mañanas frente a los portales de los establecimientos de esta capital, donde se solicita carne de esclavitud por medio de los diarios, son escrupulosamente elegidos los tipos rubicundos del norte de Europa, los cetrimos del meridiano o los páldos de oriente, todos masa inconsciente, subyugada por honda miseria, que no pone precio a su esfuerzo, entregándolo a discreción a quien desea explotarlo ilimitadamente.

Ha ahí un motivo de reflexión que no de bemos eludir. No ya la contradicción burguesa con sus postulados patrióticos, evidenciada en este hecho como en muchos otros, condenando a horrible miseria al trabajador nativo, por menos activo, menos sumiso y más caro, sino por lo que respecta a aspectos psicológicos de los pueblos. A aquellos panoramas, sobre los cuales fijamos nuestra vista insistentemente para obtener elementos de enseñanza destinados a facilitarlos el avance por los caminos de la soñada revolución, nos transmiten aquí mismo cuadros de tan infinita desolación como el que comentamos. La deducción no puede ser más elocuente. Los pueblos en decadencia están llamados a nutrir aun por mucho tiempo a los sistemas inveterados. Cada vez menos confianza inspiran las viejas civilizaciones al pensamiento revolucionario. No hay más que observar cómo las dictaduras arraigan en Europa, después de cerca de un siglo de ejercicio democrático y cuando la influencia socialista llega a su apogeo. Contemplad, en cambio, el primer ensayo lugoniano de América, la bufa dictadura chilena, puesta entre el ridículo, para extraer sabias consecuencias. Gozan de un caudal inagotable de energías estos países nuevos, muy promisoros para los destinos de la civilización que propulsamos.

Nótese ese hecho, al parecer insignificante. Estúdiédselo atentamente. ¿Por qué se selecciona el brazo productivo, eliminando al elemento experimentado, al granco tradicional del terruño, que conoce todos los secretos de la labor campesina, por el instituto, pues se gestó al lado del surco abierto, creció entre los implementos de labranza y aprendió a luchar contra las inclemencias tempo-

caracteres sociales, da preferencia a esos mismos hombres en los lugares de explotación, habiendo determinado su invasión en talleres y campos, una permanente odiosa dolorosa, a los trabajadores de otras nacionalidades, sin excluir al nativo, que son corrientes de chacaras, estancias, a las que se acercan en procura de trabajo.

Entre las largas colas de obreros que forman todas las mañanas frente a los portales de los establecimientos de esta capital, donde se solicita carne de esclavitud por medio de los diarios, son escrupulosamente elegidos los tipos rubicundos del norte de Europa, los cetrimos del meridiano o los páldos de oriente, todos masa inconsciente, subyugada por honda miseria, que no pone precio a su esfuerzo, entregándolo a discreción a quien desea explotarlo ilimitadamente.

Ha ahí un motivo de reflexión que no de bemos eludir. No ya la contradicción burguesa con sus postulados patrióticos, evidenciada en este hecho como en muchos otros, condenando a horrible miseria al trabajador nativo, por menos activo, menos sumiso y más caro, sino por lo que respecta a aspectos psicológicos de los pueblos. A aquellos panoramas, sobre los cuales fijamos nuestra vista insistentemente para obtener elementos de enseñanza destinados a facilitarlos el avance por los caminos de la soñada revolución, nos transmiten aquí mismo cuadros de tan infinita desolación como el que comentamos. La deducción no puede ser más elocuente. Los pueblos en decadencia están llamados a nutrir aun por mucho tiempo a los sistemas inveterados. Cada vez menos confianza inspiran las viejas civilizaciones al pensamiento revolucionario. No hay más que observar cómo las dictaduras arraigan en Europa, después de cerca de un siglo de ejercicio democrático y cuando la influencia socialista llega a su apogeo. Contemplad, en cambio, el primer ensayo lugoniano de América, la bufa dictadura chilena, puesta entre el ridículo, para extraer sabias consecuencias. Gozan de un caudal inagotable de energías estos países nuevos, muy promisoros para los destinos de la civilización que propulsamos.

Nótese ese hecho, al parecer insignificante. Estúdiédselo atentamente. ¿Por qué se selecciona el brazo productivo, eliminando al elemento experimentado, al granco tradicional del terruño, que conoce todos los secretos de la labor campesina, por el instituto, pues se gestó al lado del surco abierto, creció entre los implementos de labranza y aprendió a luchar contra las inclemencias tempo-

caracteres sociales, da preferencia a esos mismos hombres en los lugares de explotación, habiendo determinado su invasión en talleres y campos, una permanente odiosa dolorosa, a los trabajadores de otras nacionalidades, sin excluir al nativo, que son corrientes de chacaras, estancias, a las que se acercan en procura de trabajo.

Entre las largas colas de obreros que forman todas las mañanas frente a los portales de los establecimientos de esta capital, donde se solicita carne de esclavitud por medio de los diarios, son escrupulosamente elegidos los tipos rubicundos del norte de Europa, los cetrimos del meridiano o los páldos de oriente, todos masa inconsciente, subyugada por honda miseria, que no pone precio a su esfuerzo, entregándolo a discreción a quien desea explotarlo ilimitadamente.

Ha ahí un motivo de reflexión que no de bemos eludir. No ya la contradicción burguesa con sus postulados patrióticos, evidenciada en este hecho como en muchos otros, condenando a horrible miseria al trabajador nativo, por menos activo, menos sumiso y más caro, sino por lo que respecta a aspectos psicológicos de los pueblos. A aquellos panoramas, sobre los cuales fijamos nuestra vista insistentemente para obtener elementos de enseñanza destinados a facilitarlos el avance por los caminos de la soñada revolución, nos transmiten aquí mismo cuadros de tan infinita desolación como el que comentamos. La deducción no puede ser más elocuente. Los pueblos en decadencia están llamados a nutrir aun por mucho tiempo a los sistemas inveterados. Cada vez menos confianza inspiran las viejas civilizaciones al pensamiento revolucionario. No hay más que observar cómo las dictaduras arraigan en Europa, después de cerca de un siglo de ejercicio democrático y cuando la influencia socialista llega a su apogeo. Contemplad, en cambio, el primer ensayo lugoniano de América, la bufa dictadura chilena, puesta entre el ridículo, para extraer sabias consecuencias. Gozan de un caudal inagotable de energías estos países nuevos, muy promisoros para los destinos de la civilización que propulsamos.

Nótese ese hecho, al parecer insignificante. Estúdiédselo atentamente. ¿Por qué se selecciona el brazo productivo, eliminando al elemento experimentado, al granco tradicional del terruño, que conoce todos los secretos de la labor campesina, por el instituto, pues se gestó al lado del surco abierto, creció entre los implementos de labranza y aprendió a luchar contra las inclemencias tempo-

caracteres sociales, da preferencia a esos mismos hombres en los lugares de explotación, habiendo determinado su invasión en talleres y campos, una permanente odiosa dolorosa, a los trabajadores de otras nacionalidades, sin excluir al nativo, que son corrientes de chacaras, estancias, a las que se acercan en procura de trabajo.

Entre las largas colas de obreros que forman todas las mañanas frente a los portales de los establecimientos de esta capital, donde se solicita carne de esclavitud por medio de los diarios, son escrupulosamente elegidos los tipos rubicundos del norte de Europa, los cetrimos del meridiano o los páldos de oriente, todos masa inconsciente, subyugada por honda miseria, que no pone precio a su esfuerzo, entregándolo a discreción a quien desea explotarlo ilimitadamente.

Ha ahí un motivo de reflexión que no de bemos eludir. No ya la contradicción burguesa con sus postulados patrióticos, evidenciada en este hecho como en muchos otros, condenando a horrible miseria al trabajador nativo, por menos activo, menos sumiso y más caro, sino por lo que respecta a aspectos psicológicos de los pueblos. A aquellos panoramas, sobre los cuales fijamos nuestra vista insistentemente para obtener elementos de enseñanza destinados a facilitarlos el avance por los caminos de la soñada revolución, nos transmiten aquí mismo cuadros de tan infinita desolación como el que comentamos. La deducción no puede ser más elocuente. Los pueblos en decadencia están llamados a nutrir aun por mucho tiempo a los sistemas inveterados. Cada vez menos confianza inspiran las viejas civilizaciones al pensamiento revolucionario. No hay más que observar cómo las dictaduras arraigan en Europa, después de cerca de un siglo de ejercicio democrático y cuando la influencia socialista llega a su apogeo. Contemplad, en cambio, el primer ensayo lugoniano de América, la bufa dictadura chilena, puesta entre el ridículo, para extraer sabias consecuencias. Gozan de un caudal inagotable de energías estos países nuevos, muy promisoros para los destinos de la civilización que propulsamos.

Nótese ese hecho, al parecer insignificante. Estúdiédselo atentamente. ¿Por qué se selecciona el brazo productivo, eliminando al elemento experimentado, al granco tradicional del terruño, que conoce todos los secretos de la labor campesina, por el instituto, pues se gestó al lado del surco abierto, creció entre los implementos de labranza y aprendió a luchar contra las inclemencias tempo-

caracteres sociales, da preferencia a esos mismos hombres en los lugares de explotación, habiendo determinado su invasión en talleres y campos, una permanente odiosa dolorosa, a los trabajadores de otras nacionalidades, sin excluir al nativo, que son corrientes de chacaras, estancias, a las que se acercan en procura de trabajo.

Entre las largas colas de obreros que forman todas las mañanas frente a los portales de los establecimientos de esta capital, donde se solicita carne de esclavitud por medio de los diarios, son escrupulosamente elegidos los tipos rubicundos del norte de Europa, los cetrimos del meridiano o los páldos de oriente, todos masa inconsciente, subyugada por honda miseria, que no pone precio a su esfuerzo, entregándolo a discreción a quien desea explotarlo ilimitadamente.

Ha ahí un motivo de reflexión que no de bemos eludir. No ya la contradicción burguesa con sus postulados patrióticos, evidenciada en este hecho como en muchos otros, condenando a horrible miseria al trabajador nativo, por menos activo, menos sumiso y más caro, sino por lo que respecta a aspectos psicológicos de los pueblos. A aquellos panoramas, sobre los cuales fijamos nuestra vista insistentemente para obtener elementos de enseñanza destinados a facilitarlos el avance por los caminos de la soñada revolución, nos transmiten aquí mismo cuadros de tan infinita desolación como el que comentamos. La deducción no puede ser más elocuente. Los pueblos en decadencia están llamados a nutrir aun por mucho tiempo a los sistemas inveterados. Cada vez menos confianza inspiran las viejas civilizaciones al pensamiento revolucionario. No hay más que observar cómo las dictaduras arraigan en Europa, después de cerca de un siglo de ejercicio democrático y cuando la influencia socialista llega a su apogeo. Contemplad, en cambio, el primer ensayo lugoniano de América, la bufa dictadura chilena, puesta entre el ridículo, para extraer sabias consecuencias. Gozan de un caudal inagotable de energías estos países nuevos, muy promisoros para los destinos de la civilización que propulsamos.

Nótese ese hecho, al parecer insignificante. Estúdiédselo atentamente. ¿Por qué se selecciona el brazo productivo, eliminando al elemento experimentado, al granco tradicional del terruño, que conoce todos los secretos de la labor campesina, por el instituto, pues se gestó al lado del surco abierto, creció entre los implementos de labranza y aprendió a luchar contra las inclemencias tempo-

caracteres sociales, da preferencia a esos mismos hombres en los lugares de explotación, habiendo determinado su invasión en talleres y campos, una permanente odiosa dolorosa, a los trabajadores de otras nacionalidades, sin excluir al nativo, que son corrientes de chacaras, estancias, a las que se acercan en procura de trabajo.

Entre las largas colas de obreros que forman todas las mañanas frente a los portales de los establecimientos de esta capital, donde se solicita carne de esclavitud por medio de los diarios, son escrupulosamente elegidos los tipos rubicundos del norte de Europa, los cetrimos del meridiano o los páldos de oriente, todos masa inconsciente, subyugada por honda miseria, que no pone precio a su esfuerzo, entregándolo a discreción a quien desea explotarlo ilimitadamente.

Ha ahí un motivo de reflexión que no de bemos eludir. No ya la contradicción burguesa con sus postulados patrióticos, evidenciada en este hecho como en muchos otros, condenando a horrible miseria al trabajador nativo, por menos activo, menos sumiso y más caro, sino por lo que respecta a aspectos psicológicos de los pueblos. A aquellos panoramas, sobre los cuales fijamos nuestra vista insistentemente para obtener elementos de enseñanza destinados a facilitarlos el avance por los caminos de la soñada revolución, nos transmiten aquí mismo cuadros de tan infinita desolación como el que comentamos. La deducción no puede ser más elocuente. Los pueblos en decadencia están llamados a nutrir aun



